

LA ESCRITURA COMO AMANTE

El amor -ese deseo que moviliza a hombres y mujeres, empujándolos a la búsqueda de unos objetivos en los que volcar sus carencias, ilusiones y fantasías- suele ser visto como un tema literario que, desde hace siglos, alimenta la poesía. Pero también podría considerarse que la actividad poética es una consecuencia del impulso que presta el amor. El poeta, en esos casos, sería alguien que elige la escritura como una forma de manifestar y canalizar la fuerza que le presta la pasión amorosa.

Esta última opción, la del amor como motor es la que pudo presidir la entrega a la poesía de José Luis Tejada, ya que tras la relectura de su obra, transcurridos todos estos años, se pueden añadir nuevos calificativos a los muchos que ya se habían empleado para valorar su producción poética. Los críticos, los estudiosos y amigos del poeta, entusiasmados por la capacidad lírica que exhiben sus libros y por la diversidad de registros con los que supo versificar, quizás no se adentraron en otra faceta a la que tal vez postergaba el brillo de aquellas primeras. Y esa faceta es la del sabio, cuando menos en lo que atañe a las cuestiones amorosas.

La propia tradición y peso en la poesía lírica del tema amoroso ha impuesto su continuidad y lo convierte en un recurso tan frecuente que viene a ser considerado como una apuesta con la que todos los poetas vienen, antes o después, a confrontarse: nada hay que revele una experiencia más inmediata y más vinculada al quehacer cotidiano de los lectores. Desde hace cuando menos un milenio el lenguaje poético es el instrumento idóneo para analizar el inefable y escurridizo mundo de los sentimientos amorosos. La propia dificultad para reflexionar sobre cosas tan volátiles y movedizas como el deseo y el amor, pero que, al mismo tiempo, determinan tanto la vida, ha traído consigo depositar esa esperanza en la poesía. Ella, a través de su musicalidad, de sus imágenes y símbolos, pudiera dar cuenta de aquello que se escapa al dominio de otro tipo de discursos.

Por tanto, cabía pensar que José Luis Tejada como tantos otros poetas había recurrido al amor como un reto al que se sentía

convocado, además de las querencias personales que le llamaran y empujaran por ese camino. Dada su reconocida capacidad lírica, era lógico que hubiera resuelto esa confrontación de forma bastante grata y acorde con la sensibilidad y el gusto de su tiempo.

Pero frente a esa visión, no falsa pero sí reductora, quisiera aportar otra que le reclama no como un mero cultivador más de esa faceta, dentro de unos cánones tradicionales, sino como un poeta que muestra una sorprendente sabiduría en el tratamiento del amor: desbordando así los convencionales papeles de la lírica, para ofrecernos toda una antropología de los sentimientos amorosos cargada de modernidad, de actualidad en el sentido de que repercute con suma lucidez en la comprensión del mundo que nos rodea aquí y ahora. Una antropología puesta al servicio no sólo de la poesía sino también del conocimiento de la vida y que, por tanto, a través del lenguaje poético, hace llegar a la gente de la calle una teoría de los sentimientos y de las pasiones amorosas.

Casi siempre los poetas suelen utilizar la poesía como vehículo para transmitir una experiencia amorosa personal que le ha marcado. Determinados por el valor que para ellos supuso tal circunstancia, no se sienten obligados a entroncar su evocación dentro de una gama mayor que la ubique y comprenda. Así, esos poemas pueden dar cuenta con más o menos intensidad de un acontecimiento propio, que en unos casos puede ser compartido y apreciado por los lectores y en otros no, según la habilidad poética y el tipo de experiencia transmitida.

En cambio, si se recorre la extensa gradación de la poesía amorosa de José Luis Tejada se comprueba que no es la suya la actitud de aquel que siente meramente predilección por esos temas, impulsado por una sola experiencia que lo vivificó o lo frustró, permaneciendo prisionero o manteniéndose hipotecado dentro de sus márgenes. El reto suyo, desgranado de manera paulatina de un libro a otro, es el ofrecer una constelación muy bien trabada de las opciones que ante el amor se ofrecen. Quizás los puntos de partida fuesen experiencias propias - cuestión ésta siempre elástica de interpretar porque en el origen de un poema puede estar una imagen sentida, vivida, leída, reflexionada o

contemplada- pero lo importante a efectos literarios fue su voluntad de no quedarse en una sola formulación que, alterada según lo requerían las circunstancias o la expresión, hubiera repetido unas mismas impresiones.

Por el contrario, es admirable, una y otra vez, la manera sutil de ir desplegando todo un arsenal de opciones, como si hubiera querido mostrarnos todas las pruebas con las que el amor se ofrece, se vive, se goza, se padece, se burla, y se olvida. Pero exhibiendo no un mero muestrario cuantitativo, sino una disección analítica de unos casos y otros, descendiendo a las nervaduras, enfangándose en la carne, para deducir unas veces la cruel soledad de unos sentimientos que no pueden ser nunca compartidos, pero también para declarar la posibilidad de una entrega y un disfrute imposible de igualar en otros órdenes de la vida. En unas ocasiones recurriendo a una visión filosófica existencial, nihilista, pueden encontrarse medios para interpretar sus imágenes y para situar el pensamiento que desgranar sus poemas. En otras ocasiones, es un mundo panteísta, epicúreo, gozador, el que sale a relucir. Entre una veta y otra, las mediaciones se van intercalando, cada una de ellas servida con una escala que va de la forma seca, austera, del verso grave casi metafísico hasta el tono burlón, irónico, audaz del poema elaborado en complicidad con las fuentes populares y flamencas tan gratas a Tejada.

Desde una perspectiva tradicional estas opciones se considerarían contradictorias y antagónicas porque se pensaba que el amor, y el deseo que lo avala, estaban formados por unos sentimientos y unas emociones fijas que podían ser sometidos por el yo que lo sentía y lo experimentaba. Se pensaba -porque así convenía al orden social- que entre el sujeto y el objeto amado era posible establecer vinculaciones capaces de someter el deseo gracias a la voluntad propia o a la presión del medio social y, así, el compromiso de anclar y fijar el deseo ha presidido casi siempre la pasión amorosa, orientándolo hacia un objeto que se creía también conocer de manera definitiva.

Pero los estudios de psicología de las emociones y de los sentimientos llevados a cabo en los últimos treinta años han puesto en evidencia el carácter versátil y movable de cuanto se relaciona con el

mundo de la pasión. Y al mismo tiempo, y en parte como consecuencia de ello mismo, la propia estructura del yo y del sujeto deseante también se considera que está expuesto a la provisionalidad que le dictan los distintos factores que gobiernan los sentimientos. Las instancias sociales, la propia configuración del individuo condicionan, desde luego, su forma de ver y actuar, pero sin poder someter la multiplicidad de voces que confluyen en su yo. Ese yo personal, aunque atado a un nombre y a un estatuto social, se ve obligado a sentir y a expresarse según las fuerzas -de orientación e intensidad variable- que en cada momento actúan en él.

Por tanto, el interés que para nosotros arroja en estos momentos, transcurridos ya algunos años desde que fue escrita, la poesía de corte amoroso de José Luis Tejada, reside en haber sabido explorar ese mundo vario y múltiple de los sentimientos. Sólo alguien tan cargado de inocencia y de pudor, en su vida cotidiana, podía al mismo tiempo escucharse, sentirse, y considerar, sin mala conciencia y sin sentido de culpa, la expresión poética como el camino libre en el que los sueños, las ilusiones y las fantasías de los sentimientos cobraran vida literaria. Una vida poética cuyos únicos filtros venían impuestos por el respeto a unas formas musicales logradas, gracias a la espléndida elaboración de sus versos.

Porque sin estas virtudes literarias no estaríamos alabando esta admirable perdurabilidad, modernidad, de la poesía de José Luis Tejada. Hubiera sido muy significativa su manera de conectar, de hacerse eco, de expresar las emociones amorosas de una forma tan acorde con unos planteamientos teóricos que, aunque ahora ya estén tan asumidos, por entonces sólo estaban esbozados, pergeñados, eran sólo un anuncio de lo venidero. Pero lo más abrumador para un lector actual es precisamente esa valiosa coincidencia entre su perspicacia para adentrarse en los sentimientos y el lenguaje poético al que recurrió para cobijarlos. ¿Fue su gran versatilidad para escribir, su suficiencia literaria en tantos y tan distintos registros lo que le arrastró a dar entrada en su poesía a los diversos sentimientos que el amor engloba? ¿o fue la necesidad de dar salida a sus agudos análisis de las emociones lo que provocó la búsqueda de un exigente pero al mismo tiempo plural lenguaje poético? No hay respuesta para esos

interrogantes porque pertenecen al dominio misterioso de la creación poética.

Y a este respecto ni siquiera las propias biografías de los poetas pueden ayudar. Sería un error querer comprender o interpretar la poesía de José Luis Tejada en función de su vida y de su jovial, grato y generoso comportamiento en el mundo. El origen del porqué de la escritura de un gran poeta pertenece a un territorio al que sólo podemos aproximarnos levemente, sin excesivas pretensiones hermenéuticas. Para el poeta, la escritura es una amante cuyos sentimientos, por desgracia o por fortuna, tienen poco que ver con los de este mundo.

No parece por tanto que José Luis Tejada acudiera al tema amoroso como una tendencia implícita común en tantos poetas, para los que el amor es un motivo recurrente más. Tanto por su aspecto cuantitativo, como por la calidad de los poemas, forma en su caso un eje a partir del cual podría vertebrarse su producción, ya que, como se dijo al principio, quizás la mayor parte de su obra pueda ser leída como una transferencia en clave del impulso del amor.

Pero no es éste último el objeto de esta intervención, y correspondería ahora aludir y ejemplificar de manera más concreta algunas de esas distintas facetas en las que, tan sabiamente, se exponen los sentimientos y pasiones mediante los cuales se manifiesta, en su poesía, el amor. Se puede abrir la gama con uno de los poemas más desgarradores y desesperanzados de toda su obra: "Misterio doloroso". Pertenece al libro *Razón de ser*, publicado en 1967. Releerlo continúa provocando escalofríos. Empieza:

No hay solución. Ni a solas ni con nadie.
Somos cosa perdida.
Los besos dan más sed: lo he comprobado.
Amor va contra amor

Y en la penúltima estrofa del mismo poema no, no es menos radical en su denuncia existencial de un mundo en el que

Uno no acaba de explicarse cómo
somos y nos movemos, solos, juntos,
tan incompletos, tan incompletos,
con tanto de miseria y tanto lujo
de ciega caridad desperdigada,
incompatibles con la compañía,
no conviventes con la soledad.

El ánimo, las emociones que delatan estos versos no parece que vayan a volver a ser conmovidas por ilusión alguna. En consonancia con el clima moral, escéptico, nihilista y depresivo, de la época, esta poesía describe un sujeto, un yo, seducido quizás por la náusea sartriana pero al que una cierta rebeldía, aún latente, no le permite abandonarse del todo a la resignación, ya que

Después de mucho aspa ventar a solas¹,

Cree en una

Urgencia de amor mutua y gigante
[...] que anuda en la distancia
tu hambre de los demás con los demás.

Pero, a veces, ese hambre de los demás, de los otros, no se percibe, y así

Ella busca desolada
,lo que tú arrojas por los suelos,
tendió, al cruzar por tu mirada,
todo el cartel de sus deseos
como un reclamo sin palabras
que no te hirió porque vas ciego.²

Pero a pesar de esa ceguera y a pesar que

Ese nombrado amor que apenas nadie
poseyó ni vio nunca,

¹ Del poema "Quién no está solo", en libro *Razón de ser*.

² Del poema "Reclamación" en el libro *Razón de ser*.

es bueno y natural que tú y yo ahora,
amiga de mis ojos y mis manos,
nos empapemos hasta los meollos
de los huesos en esta salsa calda
de darnos y gozarnos cuerpo a cuerpo,
sin tela en medio, sin reloj, sin aire,
hasta después de ya no poder más³.

Por tanto parece haberse abandonado el nihilismo existencial de los poemas primeros de este mismo libro, y recorridas sólo unas cuantas páginas, la ilusión se rehabilita, como puede comprobarse en la continuación de esta misma poesía, tras un cierto titubeo y alguna que otra duda metafísica, nos declara:

Será mentira esta palabra,
no será cierta tu sonrisa.
Mi sueño o tu memoria,
tu ayer o mi mañana,
podrán vagar por tantos otros reinos,
bajo qué otras banderas, cada cual por su olvido
o mascando la propia soledad;
podrá no ser de veras
Nuestra promesa para tantas horas...
Pero esto sí es verdad:
este terneros de hoy es nuestro todo,
este cuerpo oscurísimo que abrazas,
esos pechos fluidos que rebosan mis manos,
este labio que obligo entre los míos,
esta batalla del placer sin tregua
es nuestra y la ganamos al par que sucumbimos,
a un tiempo vencedores y vencidos los dos.⁴

A pesar de la posibilidad de la mentira, del sueño y de la errancia, cuando menos una certeza acaba imponiéndose, pocos poemas más allá del mismo libro, rubricando que

³ Del poema "Consolación por la carne" del libro *Razón de ser*.

⁴ Del poema "Consolación por la carne" del libro *Razón de ser*.

No hay más razón que amor ni hay más salida⁵

Por ello, hay necesidad de metamorfosear todo bajo la apariencia del amor, incluso la rubia Europa se ve convertida en la mujer deseada:

Andabas -cómo ibas a andar si no- desnuda:
apenas la guirnalda de muérdago en tu pelo,
las puntas de tus pechos como una doble duda
arándome estos aires que te aupaban en celo
Sé que llevas escrito por las ingles sonoras
los diez mejores versos de un futuro lenguaje
y sé que habrás de abrírmelos cuando duerman las horas
o se haga un cerco místico de dolor el paisaje⁶

En principio, cuando se interpreta, se tiende a querer buscar y encontrar una línea evolutiva, continuada, entre los distintos sentimientos expuestos de unos poemas a otros (aunque, a veces, también dentro de un mismo poema), porque así se puede establecer una **razón de ser** en los cambios expresados. De esta manera se rechaza que esas mudanzas, entre unos momentos de escritura a otros, puedan ser debidas a un mismo yo, o a un mismo estado aparente del sujeto. Incomoda que un mismo sujeto haya podido estar expuesto a cambios tan repentinos en la apreciación del amor, fenómeno al que se quisiera ver acomodado y quieto. Sin embargo es aquí donde José Luis Tejada mostró sus excelentes dotes de exploración anímica, antropológica, al transmitirnos el variado repertorio de sentimientos que, de manera casi simultánea, pueden acometer al yo poético. Un repertorio que, a veces, asume posturas contradictorias, antagónicas, de un poema a otro, o incluso dentro de un mismo poema.

Si pasamos del libro *Razón de ser* a *El cadáver del alba*, publicado en 1968, se comprueba esa misma tendencia a desbordarse en situaciones muy dispares, y así el clima poético se traslada del dolor y la nostalgia de una ausencia:

⁵ Del poema "Amor es la razón" del libro *Razón de ser*.

⁶ Del poema "Alma rubia de Europa" del libro *Razón de ser*.

Ni decir que te has ido, ya no puedo
ni culparte de esta pena. Tú no has sido
la que se ha ido. Yo soy quien se ha ido.
Este yo que señalo con el dedo⁷,

a este otro de tierno y generoso reconocimiento:

Tengo deudas de ti, te debo tanto
que al verte andar me paso a la otra acera.
Te debo aquella sangre, la primera,
este niño, aquel verso y ese llanto.
la pluma, la palabra con que canto,
la saliva, la tinta, la salsera,
el tierno pan del pecho y la cadera.
el amor, el amor Dios sabe cuánto.
Soy tan de ti, me siento tan contigo
entrampado de amor hasta los huesos
que por ver de pagar me he puesto en venta⁸.

Si nos detenemos en estos últimos versos, captamos que evocan un cierto calor de hogar doméstico, muy alejado en su contenido de aquellos poemas anteriores, nihilistas, existenciales, en los que dominaba la austera soledad y la fría escisión entre el mundo del yo y el mundo del **otro**. Pero con gran perspicacia en la adecuación formal, Tejada para este último poema ha elegido el tono de humor y de irónica sentencia popular que revelan las expresiones “entrampado de amor hasta los huesos / que por ver de pagar me he puesto en venta”, mostrando así que para dar cuenta de los sentimientos que desprende un amor logrado, casi familiar, debía recurrir a otros procedimientos, entre los que debía estar excluido el matiz reflexivo, denso, seco que apuntala su poesía más incorpórea y metafísica.

⁷ I soneto del poema “Donde el poeta no se perdona haber sido el causante de la ausencia” del libro *El cadáver del alba*.

⁸ IV soneto del poema “Donde el poeta reconoce su deuda con la amada” del libro *El cadáver del alba*.

En esto refleja José Luis Tejada otro tipo de conocimiento, el del buen clásico, que sabe buscar la adecuación y la perspectiva para tratar cada situación, evitando así el patetismo de emplear la seriedad cuando se requiere humor burlón y jovial.

Debe insistirse, una y otra vez en este aspecto. Porque si despierta entusiasmo el despliegue, el abanico de sentimientos capaz de desvelar en sus poemas casi simultáneamente, todo ello se sustenta y se agranda porque logró encajarlos en la forma y género adecuado. Basta recorrer ese soberbio libro *Aprendiz de amante*, de 1986, para comprender su sutil maestría para ese encaje desde estrofas como esta:

Uno acude a tus sitios y le asaltan los huecos
de sin ti, como garfios colgados de los párpados.
Puede y no puede uno llenarlos con un cuerpo
que pesa como yerto al no hablar tu latido⁹,

que parecen acordes cincelados en frío acero para mostrar la angustia insuperable de una ausencia. Sin embargo es a otro mundo al que nos remiten estos versos:

La que más nos besaba...
La que besamos menos.
¡Cualquiera! ¡Todas!...Nada.
Fantasmas del deseo.¹⁰

Por eso, siempre nos tentará ese enigma, que nos lleva a preguntarnos qué era previo y tenía más fuerza en José Luis Tejada si el deseo por las cosas que quería transmitirnos o las formas que buscó para abrirlas. Quizás no haya resolución para ese enigma. Hoy, pasado algunos años de sus publicaciones, ante una nueva lectura, de su poesía de corte amoroso, si cabe decir que supo presentir estos tiempos posmodernos, brindándonos unas experiencias múltiples, abiertas, que cautamente fue recolectando, como un antropólogo de la vida de las pasiones, pero eso sí, sabiendo también que nos iba a

⁹ Del poema "El amor ambiguo I" del libro *Aprendiz de amante*.

¹⁰ Del poema "Romancito del soltero insomne" del libro *Aprendiz de amante*.

seducir aún más porque él poseía el mejor de los dones: el de la adecuada palabra poética.

Alberto González Troyano